

La agencia de Londres tenía á su disposición tres ó cuatro ómnibus y otros tantos dependientes que hacían el oficio de *cicerones*, y estaban encargados de conducir por todas partes á un trozo de veinte ó treinta abonados.

La compañía, con la sana intención de que se aprovechara el tiempo, había fijado un magnífico y deslumbrador programa que los suscritores estaban obligados á seguir, dejándose guiar con docilidad por el pedagogo, como unos niños de la escuela.

Dirémos algo sobre el programa y sobre los disgustos y trabajos de los suscritores. Parte me refirió Mr. Thomas, un hábil platero de París, con quien hice conocimiento al subir al monumento de Londres, y parte lo observé acompañando varios días á los suscritores.

Los viajeros se alojaban en una gran casa, cerca de los jardines de Cremorne, la mitad de ella concluida y la otra mitad ocupada todavía por los albañiles, carpinteros y pintores.

A las nueve de la mañana se tocaba una campana que avisaba que el almuerzo estaba servido. El almuerzo se componía de grandes tazas de té con unas cuantas gotas de leche, de trozos de salmon cocido sin sal y de platos de papas fritas. El salmon y las papas es lo mas barato que hay en Inglaterra.

El primer día, los franceses llenaban de elogios el almuerzo. ¡Oh! *sacre bleu*, decían, con razón están tan gordos y tan colorados estos ingleses, si toman una taza de té tan bien hecho y un almuerzo tan sencillo y tan provechoso para la salud.

Es necesario tener presente que la Inglaterra es el té, y la Francia el café.

Los ingleses, y especialmente las inglesas, creen que no hay en el mundo quien pueda hacer una taza de té como ellos. Los franceses tienen la misma creencia respecto del café.

Volvamos á nuestros viajeros.

Después del almuerzo, que terminaba á las diez, el ómnibus estaba ya listo, y el *cicerone* diciendo en la puerta de la posada:

—Caballeros, tengan vdes. la bondad de subir pronto, porque tenemos mucho que ver y Londres es muy grande.

Entonces los unos *in-side*, es decir, dentro del coche, y los otros *out-side*, es decir, en el techo del coche, se acomodaban.

Un ómnibus inglés lleno de esta manera, puede conducir de veinte y cinco á treinta personas. Antes de partir el *cicerone* leía el programa:

Primer día. — Palacio de San James. — Parque de San James. — Palacio de Buckingham. — Nuevas casas del Parlamento. — Salon de Westminster. —

Abadía de Westminster.—Whitehall.—Tesorería.
—Almirantazgo.—Columna de Duque York.—
Clubs.—Calle del Regente.—Parque del Regente.
—Jardin Zoológico.

—El ómnibus comenzaba á andar y así que llegaba al palacio de San James se paraba y el cicerone decia:

—Caballeros, tengan vdes. la bondad de bajar si les agrada, pues hemos llegado al palacio de Enrique VIII.

Los franceses descendian y empezaban á examinar la portada gótica de ladrillo y á decir lo que es muy cierto, que mucho mejor era el palacio de las Tuillerías ó el de Versailles, que el de los reyes de Inglaterra.

El conductor, así que pasaba un rato, volvía con su amonestacion de costumbre.

—Caballeros, haganme vdes. favor de subir, porque Londres es muy grande y tenemos mucho que ver.

—Pero ¿qué, no entramos al palacio?

—Los ingleses son muy raros, nunca dejan entrar, sino al patio de los palacios; respondia el conductor.

—¿Pero el parque?

—¡Oh! el parque, como no vale la pena, desde aquí se ve bien.

Los suscritores, poco convencidos, tenian necesidad de entrar en el ómnibus y continuar su camino.

Enfrente del palacio de Buckingham, el coche se detenía un momento. El conductor les esplicaba que en ese palacio vivia la reina Victoria, y habia costado veinte y cinco millones de francos.

Los viajeros examinaban desde el techo, ó por las ventanillas del coche la arquitectura del palacio, y continuaban su camino, conviniendo todos en que era muy caro su costo y superior el Eliseo ó San Cloud.

Delante de las casas del Parlamento, que no están todavía concluidas, se detenía de nuevo el ómnibus, y allí descendian todos y se dispersaban á examinar el gran edificio gótico, encontrando siempre que las piedras de la catedral de Nuestra Señora de Paris ó la de Rouen, eran mejor labradas que las del Parlamento.

De allí se dirigian á pié á la abadía y se dispersaban por entre las tumbas y las estatuas de que está llena.

Era menester que el conductor los reuniera con mil trabajos, para continuar su viaje.

El guia no les enseñaba lo mejor de la iglesia, que es la capilla de Enrique VII, por la razon sencilla de que para verla es menester pagar seis peniques (un real) por cada persona, y la compañía, muy económica y arreglada en sus gastos, evitaba el sacrificio de un solo penique con tal de que no fuese absolutamente necesario.

De la Abadía tomaban el rumbo de *Parliament*

Street, y al pasar el conductor, les señalaba desde lejos el palacio de *White Hall*, la Tesorería y el Almirantazgo.

Llegando á la columna del Duque de York, el guía se detenía un momento.

—Caballeros, aquí teneis la columna del Duque de York; ya vereis que es mucho mejor la columna de Julio y la columna de la plaza de Vendome.

—Podéis ir derecho por esta calle hasta llegar á esa plaza que se ve desde aquí.

—Teneis dos horas de tiempo para pasearos y ver las magníficas tiendas de la calle del Regente, y el ómnibus los aguardará en este lugar.

Los franceses se dispersaban en grupos de tres ó cuatro personas, deteniéndose como hacen todos los que de nuevo llegan á una ciudad, delante de todas las tiendas á examinar hasta los objetos mas insignificantes.

Terminadas las dos horas se reunian todos los viajeros en el coche, y tomando por la misma calle del Regente y por Portlant-Place, llegaban á las rejas del Parque del Regente.

—Caballeros, decia el guía, vamos á atravesar el inmenso Parque del Regente hasta llegar al jardin Zoológico. Ya vereis qué magnificencia.

De Portlant-Place al Jardin Zoológico habrá cosa de dos millas.

Los franceses tenían que atravesar todo el Parque á pié con un calor eshorbitante.

—Cuando el guía los veía un poco fatigados, volvía la cabeza y les decia:

—Animo, caballeros, ya vamos á llegar y vereis qué leones y qué animales tan soberbios le ha regalado el virey de Egipto á la reina. Ya vereis sobre todo al hipopótamo; es la primera vez que la Europa posee vivo un animal de esta clase.

Fatigados y cubiertos de sudor llegaban al jardin Zoológico, y como de costumbre se dispersaban queriéndolo ver todo y examinarlo todo á la vez.

El conductor les concedía otras dos horas de tiempo para pasear por el jardin, indicándoles el lugar donde podrian reunirse para tomar el ómnibus.

Muchos de los viajeros se estraviaban en aquellas calzadas y encrucijadas de los jardines; otros buscaban al hipopótamo, sin poderlo encontrar, y salian renegando y diciendo que era una de las mas grandes tonteras del mundo el haber atravesado el canal y volverse á Paris sin haber visto el hipopótamo.

En Lóndres, á todas horas del dia, pero muy especialmente de dos á tres de la tarde se puede asegurar que llueve; así al salir los abonados al *tren de plaisir* del jardin, comenzaban á caer ya gruesas gotas de agua, y entónces se trababa la disputa entre los que iban afuera del ómnibus y los que iban adentro.

Por fin, los mas atrevidos y lijeros tomaban el mejor lugar, dejando á los otros espuestos á la lluvia y al viento. Abrian los paraguas, sacaban los sacos y paletós y todos se ponian en camino.

—Caballeros, decia el guia ó conductor, parece que nos hemos divertido mucho; pero Lóndres tiene la nulidad de que llueve á todas horas.

Los viajeros que habian tenido la desgracia de colocarse *out-side*, es decir, afuera, llegaban á la posada mojados y transidos de frio; pero bajaban alegres, con la ilusion de que iban á comer un buen *roastsbeef*. La fama del *roastsbeef* inglés es general, y los franceses, á pesar de sus continuas y amargas críticas contra la Inglaterra, hacen los debidos elogios de ese manjar; pero como para obtener un buen *roastsbeef* se necesita la carne de una buena y gorda ternera, y la compañía, hemos dicho que era económica, compraba carne flaca y tal vez de vacas viejas, y los franceses á la hora de la comida tenian necesidad de comer un *roastsbeef* duro, corrioso y detestable.

No puede vd. figurarse, me decia un dia Mr. Thomas; he venido á Lóndres mas bien por comer un buen *roastsbeef*, que por ver la Exposicion; y despues de cinco dias no me dan mas que unos miserables trozos de carne dura.

—Caballeros, decia el conductor, la compañía me encarga que diga á vdes. que lo que se sirve

en la mesa es el verdadero y legítimo *roastsbeef* inglés y que está hecho por uno de los cocineros mas afamados de Lóndres.

Los franceses trababan una acalorada disputa sosteniendo que lo que habian comido no era ni podia ser el verdadero *roastsbeef* inglés. El empresario y su representante sostenian el honor de la compañía tanto como les era posible, y así que conocian que debian ser vencidos, cambiaban la conversacion, ecsagerando las maravillas que iban á mostrar á sus abonados en los siguientes dias.

El segundo dia era destinado para visitar el palacio de cristal. La entrada á este edificio era de la manera siguiente. Por medio de billetes de abono que costaban tres libras esterlinas. Los propietarios de esos billetes podian entrar toda la semana, escepto el domingo, en que estaba cerrada la Exposicion.

Los lunes eran los dias dedicados para la gente del campo, para los operarios y para los pobres, y se pagaba de entrada una peseta de nuestra moneda. Los martes era el dia dedicado para la nobleza, la aristocracia y la gente rica; y la entrada era á razon de diez *shillings* por persona. El resto de la semana la entrada era de cinco *shillings* y la concurrencia era mezclada de la gente del campo, de la nobleza y del comercio, que concurría ya habitualmente como á un teatro ó á un paseo público.

Como hemos dicho que el principio fijo y constante del "tren de plaisir" era la economía, los suscritores eran conducidos á la Exposición el lunes, que era el dia mas barato de toda la semana y en vez de observar junta y reunida á toda la nobleza de Inglaterra, no veían sino una multitud de irlandeses, de campesinos y de operarios, con sus toscos vestidos, con sus fisonomías iguales, como si fueran vaciadas en un mismo molde, y con sus grandes zapatos cubiertos de hierro la suela, invadiendo en tropel las galerías y departamentos, hasta el grado de que aun á fuerza de empujones y de abrirse paso con los codos era muy difícil poder ver de cerca alguna de las cosas que estaban allí espuestas.

El tercer dia la compañía embarcaba á los suscritores en un vapor en el puente de Westminster y los desembarcaba en el puente de Lóndres. De allí eran conducidos á la columna de fuego y de la columna de fuego á San Pablo, obligándolos á subir sobre ochocientos escalones en los dos monumentos mencionados y á bajar otros tantos, sin haber logrado formarse idea del grandioso panorama de Lóndres, pues no lograban ver sino inmensas nubes de humo rodando lentamente por los techos de las casas, sin poder percibir ni un rincón del azul del cielo, ni uno solo de los árboles frondosos de que están llenas las calzadas de las cercanías de Lóndres.

Así terminaban los ocho dias, regresando los franceses á su país sin haber comido un buen *roastsbeef*, sin haber bebido un vaso de buena cerveza escocesa, sin haber visto el panorama de Lóndres, sin haber asistido á la ópera italiana, sin haber visitado el interior de los palacios y edificios públicos, sin haber observado ni la vigésima parte de los objetos espuestos en el Palacio de Cristal; y por último, sin haber visto sino por entre el postigo de un ómnibus y como un movible panorama, las calles opulentas y espaciosas de la ciudad monstruo.

Todo esto era debido á las economías de la compañía, que por lo general no costeaba diversiones ni paseos que escedieran de dos ó tres reales por persona para obtener lo menos doscientos cincuenta francos de utilidad sobre el precio que pagaba cada uno de los suscritores.

Muchos de los franceses volvian á Paris diciendo que nada habian visto, que nada habian gozado, que habian tenido que asolearse y mojarse durante ocho dias sin observar mas que las nubes y el humo del carbon de piedra, y que se consideraban perfectamente robados por la compañía empresaria. Otros por el contrario, se manifestaban completamente contentos y satisfechos y regresaban á Paris vociferando que conocian Lóndres á palmas, que todo lo habian visto y que nada les habia quedado que desear.

Muchos de estos viajeros escribieron sus impre-

siones de viaje y llenaron los periódicos de artículos, describiendo los usos, las costumbres, los edificios y los trages de la Inglaterra.

A ejemplo de la primera compañía se establecieron otras, se entabló la competencia, y ya en los últimos meses, según recuerdo, había empresas que se encargaban de conducir, de mantener y de pasear á los viajeros, por ciento cincuenta ó doscientos francos.

El que dirigió la obra fue Dandolo, que á la vez que era arzobispo, era también en aquel tiempo un excelente arquitecto. Posteriormente cada soberano ha ido reformando las construcciones antiguas y haciendo otras nuevas; de manera que hoy es realmente una gran ciudad. Había una de capillas y de departamentos ocupados unos con algunas oficinas militares, y otros y medio destruidos otros á consecuencia del incendio de 1813.

LOS TRES HENRIQUES.

Entre los monumentos edificados en medio de las épocas de paz, de tranquilidad y de civilización, por los esfuerzos del comercio y de la industria, hay una reunión de construcciones irregulares ennegrecidas con el moho de los siglos, que brotan al parecer de las aguas frías y de las tristes nieblas del río Támesis.

Esto es lo que se llama la Torre de Lóndres. Está situada en una colina poco elevada á las orillas del río, y se distingue exteriormente por una gruesa muralla y cuatro torrecillas edificadas al parecer en el centro del edificio. La Torre de Lóndres tiene cosa de ochocientos años de existencia. Fué construida probablemente de 1087 á 1090, por orden de Guillermo el Con-